

menudita, fina, que oigo golpetear dulcemente en las anchas hojas de los plátanos del patio. —Hace un momento me asomé a las ventanas de la sala. La plaza de la Merced estaba solitaria. Entretejidos hilillos de agua envolvían en un vaho difuso las luces lejanas. Y pensé mucho en ti, Jorge; con una devoción, con un amor, que a mí misma me daban miedo.

Julia.

P. D.—Mi tío Luis acaba de traerme *El Imparcial*. Por él me entero de que ganaste la elección en Texcoco. ¡Mis parabienes, señor diputado!»

XVII

En cuanto tuvo la bocina en las manos, comprendió que se trataba de *ella*. (Era la primera vez que, *in mente*, la llamaba así.) ¡Tanto tiempo hacía que no se dignaba telefonarle!

—¿Ha salido el sol por occidente, bella señora; o es que algún cometa surge en el cielo de México, extendiendo su cauda a esta morada humilde?

—¡Guasón! ¡Ni que yo fuera la única obligada! Sé que llegaste ayer, triunfante, de Texcoco. ¡Ya lo dicen los periódicos con tamañas letras! Y si no me apresuro a felicitarte por teléfono, claro es que te quedarías sin felicitación; pues, como el señor representante del pueblo no ha tenido a bien avisarme si vive o muere...

—¡Perdón, oh señora, por tal negligencia! Pero sucede que los destellos de la vuesa fer-

mosura me ciegan, y, por miedo a cegar, de vos me aparto.

—¡Vaya! Déjate de bromas, Jorge...

—¿No te gustan?

—Ni tantito.

—Lo comprendo por aquella tan inocente que te di... Fuiste cruel conmigo. ¡Por delito la tomaste, sin pensar que este pobre mortal sólo se proponía obtener, dentro de un automóvil, lo que en el balcón no quiso Cyrano de Rosana, y seguramente alcanzó Romeo de Julieta!

—No hablemos más de ello. Acuérdate de que así lo convinimos la última vez que te vi.

—Hablemos entonces, si te place, de cosas serias, apartándonos de poéticas ficciones, mi doña Sofía...

—Lo prefiero. ¿Quieres venir a comer con nosotros?

—Imposible. Aguardo a Larrea y a Montalvo, quienes, aunque reaccionarios, se sentarán hoy a mi mesa.

—¡Ay, qué lástima!... En ese caso, te convidó para que vayamos a Chapultepec. La tarde estará preciosa.

—¿Piensa usted ir sola, señora?

—No; llevaré a Berta Güemes.

—Si así es, me veo en el caso de rehusar la invitación.

—Pero ¿por qué?

—Porque el trato debe ser que vayamos solos.

—¡Dios mío, qué hombre!

—¡Virgen, qué mujer!

—Jorge: no seas malo...

—La mala eres tú, vida mía.

—¡Cuidadito con palabras! ¿Crees que me he olvidado de lo del teatro?

—Ni yo.

- ¿Quedamos, por fin, en que vas?
 —Con Berta, no; solo contigo, sí.
 —Bueno; pues no habrá más remedio que hacerle el gusto al señor. Únicamente le pido que me prometa no volver a las andadas...
 —Te lo prometo, ángel.
 —¡No me echés piropos tan cursis, cristiano!
 (Risas.)
 —¡Seré como de mármol, querida «suegra»!
 —Si vuelves a llamarme de ese modo, me enojó.
 —¿Serías capaz, Sofía?
 —Así, así... Dime por mi nombre... Conque a las cinco te espero aquí, en casa, ¿eh?
 —A las cinco, sí; seré puntual como un inglés.

Cuando se apartó del teléfono, Jorge Bazán se sentía feliz, satisfecho, embriagado. Salíó al balcón del estudio. Era la mañana de julio radiosa, azul. Había vencido a Sofía. Vínole a la memoria la frase dulzona de *Bohemia* con que acompañó el comentario psicológico de la garrida dama, al anochecer de aquel día inolvidable en que, de vuelta del teatro y movido por quién sabe qué arcanos impulsos, pretendió besarla. — Se le había ocurrido de pronto. Hubo un momento en el cual, para él, era el beso como el *flirt* escabroso que ambos practicaban; como las equívocas frases que le decía: natural trasunto de la familiaridad afectuosa y picarona que se había establecido entre los dos desde que Julia, meses antes de su enfermedad, entró en arisco abatimiento.

No por otra causa permanecían para Jorge inexplicables el áspero rechazo, la brusquedad que a seguidas del lance le mostró Sofía, apartándose de su habitual camarada como de la peste; no decidiéndose después a recibirle sino acompañada, y esquivándose, con cuantos ar-

tilugios pudo, de las ocasiones de estar ambos a solas.

Durante procelosos días, en el vaivén de su campaña electoral, la morena fué para él un enigma. No acertaba a coordinar su anterior actitud de coquetería, de ligereza, de arriscado gracejo, en palabras y gestos, con la novísima de sequedad y como de pudor ofendido que ella adoptó a partir de la noche del memorable diálogo con Julia, junto al balcón, al claror de la luna. Y que no andaba descaminado en la extrañeza que le producían tantos melindres por cosa tan mansa y simple como un beso, lo demostraba a ojos vistas el modo de ser adoptado ahora por Sofía. Tornaba, a través del teléfono, a aparecer la misma de antes. Se «regeneraba», no bien el que creyó vil seductor volvía triunfante. No se le ocultaba a Jorge que el milagro de tan peregrina palingenesis en buena parte se debía al *tête-à-tête* imprevisto que con ella tuvo la víspera del postrer viaje a Texcoco. Agarróse de aquel asidero para explicarle, gallarda y elegantemente, que la moral de la gente *chic* no excluye, como cosa contraria a los buenos usos, el que dos amigos de confianza, en un momento dado, se besen. No convenció a la hechicera señora semejante argumentación, que se quebraba de sutil. Pero la hizo reír; y sabido es que de la risa al perdón, y del perdón a la nueva condescendencia, no hay más que levísimo paso... — Ahora lo comprobaba el joven abogado. Por primera vez tornarían a pasear solos. Y de pensar en ello, Jorge experimentaba un raro, inexplicable encanto. Era como férvido halago, como espirituosa caricia la que le daba el trato con aquella muchacha bonita que le entendía tan bien, que se le asemejaba tanto...

El hombre no cupo en sí de tan ancho. Desde

su triunfo en las elecciones de Texcoco, en agrado se sintetizaba todo para él. ¡Cómo diferían los actuales tiempos de aquellos otros en que, huérfano, con un título inane de abogado, ayuno de riquezas, se agitaba en el ancho mar del mundo, sin brújula, teniendo siempre delante la grave interrogación del fracaso!—Entonces la voz secreta, que intervenía en todos sus soliloquios, le había dicho: «Hijo mío: monumentaliza tu dolor, ya que eres poeta; acuérdate de que Goethe hizo otro tanto.»—Y se entregó en brazos de la divina poesía. Y amó también, porque el ejercicio de la rima trae implícita la afición erótica. Viéndole embriagado de ternura, después de las estrelladas noches blancas junto a la reja, la voz secreta, por boca de la musa, le dijo más tarde: «¡Amas como Abelardo, como Dante, como Petrarca!... En versos cincelados, al modo de los vasos de Benvenuto, tu amor será inmortal...»—Pasó la chifladura amorosa, como había pasado la poética, y hoy, a falta de la voz, que no resonaba ya en los aledaños de su alma, él mismo se decía: «¡Ganaste, chico! Ya eres diputado. Una vasta perspectiva se extiende ante ti. Tu destino no lo constituirían Eros ni la lira, sino la impercedera oratoria, en cuyas manos está el futuro de los pueblos!»

¡Como que la campaña electoral había sido dural Brilló en ella el sufragio como astro de primera magnitud. Prometió Bazán a los rancheros de su distrito agua y tierras abundantes, disminución del impuesto, libertad y hasta salud... merced a la repoblación de los bosques que intentaría, si resultaba electo. Haciéndole coro los amigos y oradores pagados que llevó de México, habló de la Democracia como de una diosa que descendía, encarnada en él, sobre las fértiles campiñas texcocanas asoladas

por la Dictadura. Dijo también de su amor por la Revolución; y, en un raptó lírico, olvidándose de su tibia y perfumada casita de la calle de Medellín, aseguró, con lágrimas en los ojos, que por los santos ideales de la «causa» había derramado su sangre.—Por todo lo cual, y otras razones que su natural modestia le obligaba a callar, pedía a sus conterráneos de Texcoco, a los vecinos del lugar ilustre donde se había mecido la cuna de su padre, el inmaculado liberal, amigo de Iglesias, que le honraran con sus votos.

Aunque no alcanzaron éstos a la décima parte del número de ciudadanos capacitados para sufragar, la elección resultó unánime, según lo cacareado por los periódicos. El candidato que se oponía, un hacendado de los contornos, hombre serio, respetable, quedó hecho cisco.—Se le acusaba de pertenecer al «antiguo régimen».—Conteniendo su emoción hondísima, el jefe político de la localidad, al cabo de un *toast* sentimental, aseguró que «aromado sendero de rosas conduciría a la gloria al heredero del inolvidable patricio».

Jorge Bazán, arrellanado en actitud ministerial en el sillón de la mesa donde había escrito los almibarados poemas de antaño, todavía paladeaba ahora las lisonjas del digno funcionario. De tan grata abstracción le sacaron sus amigos Ernesto Larrea y Rubén Montalvo, invitados a comer con él. Montalvo era un mocetón gordo, cachetón, lampiño, de color espléndido; vestía con pulcritud inglesa. Larrea, no obstante que se aproximaba el momento de abandonar para siempre su curul del «antiguo régimen», en la cual el nuevo, graciosamente, le había tolerado, conservaba su peculiar sonrisa ingenua.

Comieron opíparamente en el luminoso co-

medor. Los raviolos estaban exquisitos. No desdecía de ellos la pierna de pavo, dorada en su corteza; sonrosada, blanda, untuosa, como mantequilla, dentro. El *Rudesheimer* lucía con titilaciones de amatista en las copas. Ochoa, servilleta al brazo, no cesaba de ir y venir, casi solemne, con un mirar humanizado de sus ojos perdidos en la recia pelambreira de las cejas.

Se habló de mujeres y de política. Larrea y Montalvo aplaudían sin reservas el buen suceso de su amigo. Al trinchar Bazán el pavo, pese a Larrea, se le escapó una pulla para el autócrata caído. La discusión, hasta entonces cuidadosamente evitada, estalló.

Aunque de ello tenía fama, no era el licenciado Montalvo «porfirista». Representaba el justo medio entre las opiniones sustentadas por el anfitrión y el diputado Larrea.

—Los mexicanos—dijo, terciando en la disputa—, a semejanza de todos los pueblos latinos de América, hemos vivido de mentiras y lirismos. Nos pagamos mucho de las palabras. Nos embriagamos con la hinchazón oratoria; y cabalgando por los espacios del ideal, solemos cuidarnos muy poco de los hechos reales y concretos. Así se explica que nos halague, más que la verdad áspera, el sonriente embuste; y que durante sesenta y un años, una vez alcanzada la independencia, nos debatiéramos en revoluciones y guerras extranjeras... ¿para conseguir qué?... Un remedo de país, con leyes artificiales, que no nacieron de la naturaleza ni fueron impuestas por ella, sino que derivaron de la mente de utopistas ideólogos que todo conocían, menos la idiosincrasia indígena. Al finar la antepenúltima década del siglo pasado, después de luengos años de aniquilarnos en las garras de los partidos (¡a cuál más bribón!), y de ensayar todas las fórmulas políticas, ensan-

grentados, desorganizados, sin un peso (¡nosotros que vivimos en el paraíso de las naturales riquezas!), nos fué menester decir al primer autócrata de genio que se presentó lo que los esclavos a los príncipes varangios al finalizar el primer período de su historia: «Nuestra tierra es grande y fértil, pero faltan en ella orden y justicia; venid a poseerla y gobernarla...»

—¿Y nos dió por ventura la justicia ese príncipe varangio de que hablas?—saltó Jorge, limpiándose los labios con la servilleta.

—No; pero nos dió el orden, que ya era mucho dar en este país donde, al amparo de las instituciones republicanas o imperiales, liberales o conservadoras, ¡no imortal, la gente vivía con el alma en un hilo...

—¡Nos dió también la justicia!—replicó Larrea—. La que humanamente puede aquí darse...

—Niego—contestó Montalvo—. No habría habido revolución a estas alturas si el Dictador, en lugar de haberse encerrado en su habitual terquedad, creyéndose único e inmortal; ahogando los impulsos de las individualidades fuertes, hasta anularlas; prostituyendo a los tribunales, donde difícilmente se escuchaba la queja del pobre; imponiendo a los Estados gobernadores que se fosilizaban, en plena atmósfera de despotismo; rodeándose en el poder de viejos ineptos, que chorreaban polilla, sin recordar la máxima de que no renovarse es morir; alimentando, finalmente, a una camarilla de negociantes que, enfrascados en su criterio positivo, reconocían en los hombres seres desprovistos de espíritu; otra cosa sucedería, repito, si el individuo que transformó al país por medio del orden no se hubiera olvidado de la frase de nuestro gran Justo Sierra: «El pueblo tiene hambre y sed de justicia.»

—¡Eso! ¡Eso!—gritó Bazán, aplaudiendo y levantando en seguida su copa.

Ochoa sirvió el café. Los tres amigos, a pesar de sus opiniones diversas, sentían un calmoso bienestar. Estaban a sus anchas en aquel ambiente cargado de emanaciones de salsas fuertes y de evaporadas fragancias de licores.

Charlaron después, hasta bien entrada la tarde, en el estudio de Jorge. El sol penetraba por el balcón abierto, esparciendo blandos halagos de tibieza. Gaya era la charla. En ocasiones se entenebrecía y encrespaba, por obra de las ideas políticas y sociales que en ella se aquilataban. Hubo un momento en que los tres se pusieron meditabundos. Bazán pensaba en los ideales revolucionarios y en las delicias con que le regalaría su paseo de aquella tarde.

Montalvo dijo, como resolviendo en sintética fórmula sus pensamientos:

—Nuestra historia nacional efectiva es penosa. ¡Cuántos héroes, Dios mío! Los historiadores se han esforzado por envolver en resplandeciente púrpura los sucesos más desconsoladores y tristes. ¡Bah! Ausencia de sentido crítico... ¡Qué felicidad para nosotros sería que entre las llamas del cúmulo de papelotes que se han emborronado aquí con discursos y poesías patrióticos y falaces textos históricos desapareciera el pasado, y los mexicanos nos dispusiéramos a vivir la nueva historia, con un concepto menos oropelesco y más humilde de las cosas!

Ernesto Larrea, sonriendo, con su ingenua sonrisa, agregó:

—Yo soy más congruente que ustedes (1). He llegado a la adquisición de una verdad pesi-

(1) Incurriendo en lamentable barbarismo, se usa en México decir *ustedes* por *vosotros*.

mista al ver que redentores y opresores sólo se distinguen por el nombre, ya que los unos no hacen más que continuar la obra de los otros, sin alteraciones sensibles, incapaces de vencer a la naturaleza implacable... Ni revoluciones ni dictaduras hay buenas: las primeras, porque creen en la virtud de los hombres, que no existe; las segundas, porque suponen que los hombres son susceptibles de organización perfecta... Me quedo con la opinión del abate Coignard, inmortalizado por Anatole France. Era un ser perfecto. Según asegura su discípulo Tournebroche, no hubiera firmado una sola línea de la Declaración de los derechos del hombre, a causa de la excesiva e inicua diferencia que en ella se establece entre el hombre y el gorila...

XVIII

Como lloviera la víspera, el bosque, al modo de una mujer que acaba de salir del baño, esparcía voluptuosos, frescos e incitantes aromas. Bajo el dombo magnífico, espolvoreado de oro por el poniente, lanzaban fulgidos destellos los cristales del castillo, en lo alto. Eran los viales, a los que daban sombra las cabelleras deshechas de los sabinos, amenos refugios de amor. Despedían sus chorros las fuentes, con multicolores cambiantes; y la columna de agua, al caer, imprimía un temblor de deseo a las inquietas ondas.

—No hay mucha gente hoy en el paseo—murmuró Sofía, bostezando en el fondo de la victoria, que emprendía entonces la duodécima

vuelta en el espacio comprendido entre el quiosco de la entrada y el lago.

—No hay, en efecto, replicó Jorge—. Y es que la falta de instinto artístico que se advierte en estos burgueses no les permite aprovechar las tardes espléndidas.

Desde que era representante del pueblo, había adoptado la *pose* antiburguesa; y todo lo refería, cuando no a la política, al arte.

Marchaba el carruaje lentamente, encajado en la doble fila de vehículos, a lo largo de la fresca calzada bordeada de chopos. El ambiente era lánguido. La Banda de Policía, a orillas del lago, preludiva en aquel instante un arrullador vals vienés. Escuchábase el retintín de los arneses asociado al sordo resoplar de los autos. Cocheros y lacayos, erguidos en los pescantes con solemnidad, lucían las ajustadas libreas de áureos botones. Rebrillaban las cajas negras de los carruajes y despedían cegadora luz los rayos de las ruedas, así como las metálicas caparazones de los automóviles.

—¿Te aburres, Sofía?

Ella sonrió a aquella pregunta, con un gesto de sorpresa, como si súbitamente volviera de otros mundos por donde vagaba. Adormecida por el vals, pensaba entonces en la singularidad de que hubiese aceptado un paseo a solas con Jorge. Desde el incidente del Arébu—aquella picante broma que terminara como nunca antes terminó alguna otra: con intentona de besuqueo dentro del auto por parte de su «yerno»—, se prometió rehuir amistad tan peligrosa. Asaz lejos llegaban ya las familiaridades, y de ello se dió perfecta cuenta. Jorge la sedujo desde un principio con su natural frívolo y mordicante. Se identificaban. De la común charla a la broma, a la facecia picante, a la sensual confidencia, no medió largo trecho. El joven abo-

gado la trataba como a un compañero de andanzas. Referíale, atenuándolas mañosamente, sus correrías galantes. Acostumbraba contarle los chismes de sociedad en que alentaban vagas tentaciones de pecado. Había llegado a ser el camarada donairoso, oportuno, agradable en fuerza de ser *drolático*. Así fué como la compañía del simpático muchacho se le hizo al cabo necesaria, de igual suerte que, aunque fútiles, necesarios le eran los perfumados quimono, las bujerías de tocador, los abanicós ligeros. Comunicaba, además, un no sé qué de picante a tales relaciones la circunstancia misma de desarrollarse a espaldas de un amor honesto. Entre ambos existía el compromiso tácito de no decir nada a Julia, de esquivarla, de responder con risitas dudosas a las interrogaciones de ella cuando cogía al vuelo un comentario obscuro, una frase que no acertaba a explicarse. Y tan admirablemente hacían su papel, que la prometida jamás concibió sospecha, ni aun ellos mismos la tuvieron. No se le ocurrió a la linda esposa de don Miguel Bringas ponerse a definir el cariz de semejante «camaradería», como ella la llamaba en su endiablada jerga gala, medio aprendida en los salones. Mientras del dicho no se pasara, todo lo consentía el *savoir-vivre* preconizado en sociedad. Recatarse del discreto epigramático y madrigalesco de un mozo inteligente, lo conceptuaba de mal gusto. Se había atiborrado de novelas francesas mal traducidas; empezaba a frecuentar los teatros, donde se veían los últimos estrenos de París, y, caídas aparte, su ideal era que todo sucediese en la vida como acontecía entre aquellos héroes elegantes y dulcemente corrompidos. Estaba—como el propio núcleo social a que pertenecía: la burguesía enriquecida, con presunciones aristocráticas—

atacada de «parisianismo» de exportación.— Pero sucedió que, en medio de la indiferencia moral en que devaneaba, en el aturdimiento de su vida inquieta y vana, el no presentado «hecho» surgió. Jorge pretendió besarla aquella noche en que los dos volvían a casa—donde aguardaba la enferma—, sentimentales y alegres, después de escuchar el adiós romántico de Mimí. Fué el intento entre bromas y risas, cierto; tan cierto como que con bromas y risas el joven, ante su resistencia y enojo, airoso-mente salió del paso...

A tan inesperado acaecimiento siguió un breve período de turbación interna. Por la noche, en agitado insomnio, Sofía decidió no frecuentar más a su amigo. Se sentía virtuosa. Los resabios de la virgen de antaño—que cuidó de su honra, al contrario de algunas de sus compañeras de trabajo, en espera del matrimonio ansiado—, determinaron en ella un temor vago a las complicaciones eróticas. Movíala también a honestidad el bienestar gratisimo de su existencia. ¡Estaba tan a sus anchas en la dulcedumbre del lecho mullido, de la casa bonita, de sus trenes que equipararse podrían con los de cualquier magnate!—Al día siguiente se creyó otra. Luchaba encarnizadamente por aproximarse a su marido, a aquel viejo bonachón no obstante su seriedad, que la palmaba en el hombro como el maestro a los chicos de la escuela. Quería también, a toda costa, borrar cualquier asomo de culpa en su afecto a Julia. Los de casa la desconocieron. Convirtiéndose en asidua compañera de la convaleciente. Por su propia salud temió don Miguel ante el despertar de amorosos arrebatos que en su mujer ignoraba.—Llenábala de alborozada satisfacción el convencimiento íntimo de su bondad. Embriagada de anhelos virtuosos, quería ir hasta

el sacrificio. De ahí que discurriese con Bringas sobre la conveniencia de hacer economías.—¡Pobrecillo! El que gastaba tanto...—Se instalarían en una casita modesta, resueltos a subsistir con la renta de la lujosa que dejaran.—Una noche, trémula, se abrazó a su marido, confesándole un secreto deseo; un deseo que había guardado en el fondo del alma, para revelárselo cuando más sintiera quererlo: ambicionaba una vida quieta, de recogimiento, en el campo... ¡Serían tan felices los dos; tan dichosa ella, consagrándose por entero a su «viejo»!—Y habló de *El Naranjal*...

Una semana tuvo de duración tal estado. Al partir Julia para Lagos, cayó su madrastra en infinita tristeza. La había abrazado llorando, en la estación, momentos antes de la salida del tren. Al volver a casa la sobrecogieron ansias de echar a correr, como loca. ¡Así la hallaba de tan sola y de tan lúgubre!—Entró en pertinaz mutismo. A menudo se encerraba en el saloncito inmediato a la alcoba de su hijastra, para llorar. Una vez estuvo a punto de soltar el trapo en el comedor, cenando con su esposo.—Se inquietó don Miguel. Ella misma entró en considerandos acerca de su dolencia. Vagamente había oído hablar de extrañas perturbaciones nerviosas...—Vino el médico, el sonriente Ruelas, el especialista mimado de las damas. Recomendó baños tibios, ejercicio, distracciones...

Fué maravilloso cómo salió curada y vuelta a su modo de ser primero al concluir la casual entrevista que con Jorge tuvo, la víspera de que éste emprendiera su postrer viaje a Texcoco. Olvidóse entonces de sus anteriores turbaciones, con el inconfesado sentimiento de que se había rendido a una niñería, a un escrúpulo pueril. Bien mirado, ¿qué de grave pasó entre

los dos que les impidiera ser los buenos amigos de siempre? Se reía de sus antiguos melindres ahora que paseaba a solas con el diputado victorioso, en la sensual tibieza de la tarde de julio.

—¿Te aburres, Sofía?—repitió el joven, aliándose suavemente el largo aunque escaso pelo rubio, mientras se abanicaba con el sombrero de paja que mantenía en la diestra.

—¿Y por qué habría de aburrirme, ¡vayal, con tan elegante caballero?... ¿Sabes?—murmuró, mirándole fijamente—. Desde que eres diputado te noto un no sé qué de serio en el semblante, que no tenías...

Inconscientemente, volvía al tono de ligereza burlona de antaño. Jorge le respondió, riendo. Le parecía bonita, con su juvenil rostro en el que la aproximación a la treintena ponía vagas languideces. Estaba sofocada por el calor y sus gruesos labios se entreabrían. El atavío rosa, de una elegancia primaveral, hacía resaltar más que de ordinario la seducción de sus pupilas endrinadas.

—¿Que hará la pobre de Berta Güemes, ahora que esperaba la invitase a venir al bosque con nosotros?

—¿Qué hará? Pues divertirse con Ondarza y Perrín...

—¡Si serás mal pensado, Jorge!

—¿Quieres que haga otra cosa, sobre todo si su marido continúa en *La Higuera*, como parece?

—El ingeniero Güemes está aquí.

—Yo creo fundadamente que sigue en la hacienda de los Vargas.

La viuda de Holden los saludó de lejos, con una sonrisa añorada en su rostro de rubia crepuscular, casi nocturna.

—Simpática está Luisa, ¿eh? ¿No te gusta?—consultó Sofía, con sorna.

—Me desagradan las viejas...

—¡Ay, Jorge! ¡Qué modos! Para ti las mujeres salimos de la juventud a los veinticinco. La viuda de Holden apenas está madura... Dicen que ya gasta dientes postizos; pero, de cualquier manera, lo cierto es que todavía despierta pasiones. ¿Viste que ahora iba con ella Manuel Urrea?

—Sí; ¿y qué? Manuel Urrea es del mismo parecer que yo: abomina del otoño y de las hojas secas. Manuel Urrea es angélico, además; merece la vara de nardos del Santo Patriarca. Búscale en la cartera y no le encontrarás nada...

—¿En la cartera?—interrogó Sofía, con extrañeza.

—¡Claro, hija! Allí es donde se debe investigar la vida secreta de los hombres. Llevamos a cuestras nuestra historia...

Sofocó la garrida señora un arrebato de risa. Declinaba la tarde. Una amorosa quietud crepuscular descendía de los árboles. Se perdían en el aire, con sensual ternura, las melodías de una danza de Elorduy.

Lentamente, comenzaron a encenderse linternas y fanales. Algunos carruajes se alejaban ya por la dilatada perspectiva de la Reforma. Poblado de sombras, Chapultepec entraba en adormecedor reposo, bajo la noche.

Sofía tenía sed.

—¿Quieres beber algo? Bajaremos al café—dijo Bazán, al saberlo, ordenando al cochero que parase.

No se opuso a ello la joven. Y ya ascendían por la escalinata del iluminado edificio, cuando columbraron, tras de los cristales, la silueta germánica de la viuda de Holden que, con Urrea, saboreaba un helado.—Sofía retrocedió.

—No; vámonos mejor—dijo—. Si nos pesca,

ya tenemos para rato. Me choca muchísimo...

Jorge indicó entonces un pabelloncito escondido en la espesura. Allí estarían a sus anchas, sin miedo de que alguien los importunase. Vaciló un tanto Sofía. Al cabo, entraron los dos, precedidos del mozo, que encendió las luces.

—¡Ay, sí!—suspiró la dama, pasado un momento, cuando se sentó a la mesa, y en tanto que se despojaba de los guantes—. Aquí está uno como en su casa.

—Quítate también el sombrero. Te sentirás más fresca...

Pidieron champaña helado. No bien el fámulo, luego de haber puesto sobre del mantel las copas diáfanas, volvió, transcurrido algún tiempo, con la «heladera», de la cual asomaba, entre témpanos, el cuello de la botella panzada, acometió a la muchacha un acceso de risa cascabeleante y loca.

—Oye—declaró, en cuanto se quedaron solos—. Me reía porque este momento se me figura como de lance novelesco... en París...

Un haz de rosas, en el vaso de cristal, recibía a plomo, sobre de la mesa, la claridad de la lámpara. Percibiase, vecino, manso rumor de follajes. A través de los cristales se insinuaba la masa negra, indefinible, del bosque dormido. Y Sofía paseaba la mirada por los estrechos ámbitos de aquel recinto en el que flotaban tenues aromas de aventura, de lío galante. No le disgustaba, tan chiquitín y tan mono, con sus espejos, con su erguida percha, de la que colgaba su «chalina» rosa junto al sombrero de Jorge; con el diván perezoso que en el rincón se hallaba, y con el indispensable biombo que a un lado se mostraba pronto a encubrir traviesos misterios. Decididamente, creía estar en París. Hubo de aparecer a sus propios ojos, en cuanto bebió la primera copa del espumoso

líquido, con los prestigios de aquellas heroínas que tanto admirase en las novelas de Prévost y de Willy.

Parloteó como un loro. Tenía antojo de escuchar cosas picantes, maledicencias de sociedad. Sutil rubor empurpuraba sus mejillas cuando apuró la tercera copa. Poco antes, como mostrase deseos de comer algo, Jorge dispuso que el «mozo» les trajera *sandwichs* de caviar. Dando mordisquillos en la aderezada lonja de pan negro, ella escuchaba, de codos sobre la mesa, las indiscreciones de su amigo, que éste harto se cuidó de condimentar con abundante sal y pimienta.

—¡Tú eres muy libertino, Jorge!—murmuró con los ojos brillantes—. ¡Quién te creyera, en los primeros tiempos, al verte tan mosquita muerta...!—Luego agregó, despachando un nuevo sorbo—: Y los hombres deben ser así, es claro... ¡A mí nunca me han gustado los santuchos!

Descaradilla se le antojó al joven diputado. Ya en aquella sazón iba creyendo que el indeterminado deseo que Sofía suscitó en él—cuando en la lejana noche en que velaron a la enferma hubieron de hallarse súbitamente con las manos enlazadas—volvía a conturbarle. A decir verdad, no se había dado hasta entonces Jorge exacta cuenta de tal deseo. Yacía éste adormido en las profundidades de su sér. Semejante a invisible insecto, escondíase entre los pétalos de la sensual rosa roja que bien podría simbolizar la amistad que con la plebeya ávida de goces le unía, amorosa y perversa.

Viéndola ahora tan parlanchina y risueña, y como picada del prurito de equívocas malicias, reparó Jorge con evidencia en algo que nunca hasta entonces se atreviera a formular llanamente: en que Sofía le agradaba bastante;